

El desafío moral del plebiscito

Patricio Aylwin (*)

Política y Espíritu presenta una síntesis de este discurso pronunciado en un encuentro de profesionales demócrata cristianos de Valparaíso el 15 de julio pasado.

Sostengo, camaradas y amigos profesionales, que la *crisis que vive Chile es fundamentalmente una crisis moral*, fruto del intento de imponerle a nuestra patria una escala de valores extraña al ser nacional.

Chile es mucho más que esta bella tierra que queremos, entre la cordillera y el mar. Chile es mucho más que esta gente buena y sufrida que forma la comunidad chilena. Esta patria nuestra es una comunidad de historia y de tareas, amalgamada en torno a valores y símbolos que nos unen a todos.

El Cardenal Silva Henríquez, es un hermoso opúsculo, una verdadera joya, que se llama *El alma de Chile*, dijo lo siguiente: "La patria no nace por accidente geográfico o por un operativo bélico. La comunión profundamente humana en valores que exigen deponer innatos egoísmos y merecen el sacrificio de la vida; la solidaridad en una misión y destino que nos concierne a todos y nos distingue de entre los demás pueblos de la tierra, es lo que formal y decididamente constituye la patria".

¿Cuáles son esos valores o rasgos distintivos del alma en Chile?

El propio Cardenal señala algunos:

—el amor a la libertad y el rechazo a toda forma de presión;

—la primacía del orden jurídico, del derecho— como instrumento de justicia— sobre toda forma de anarquía y arbitrariedad;

—la primacía de la fe sobre toda forma de idolatría, sea al dinero, al poder o a la gloria.

Podrían agregarse, entre otros, los siguientes:

—la tolerancia a las opiniones divergentes, el derecho a discrepar. El fanatismo y el sectarismo han sido históricamente extraños al alma nacional;

—la tendencia a buscar soluciones consensuales a los conflictos, de no extremar las dificultades y las controversias, de resolverlas mediante conciliación;

—cierto respeto compartido a la verdad, que es el fundamento de la credibilidad social, de que unos y otros nos confiemos recíprocamente y podamos tener la convicción de que no nos engañamos, y, finalmente,

—el sentido de la solidaridad social, de que formamos parte de una misma nación y que el destino de cada uno de nosotros está ligado al destino de nuestros compatriotas, que constituimos una gran familia, nuestra patria chilena.

El Chile que nos enorgullece

En la práctica de estos valores, Chile creció, prosperó y ganó presti-

gio en el mundo.

No es cierto, como lo pretende este régimen, que Chile haya nacido el 73.

Chile se enorgullece de su historia. Todos vibramos cuando recordamos y estudiamos el pasado de nuestra patria; el temple de los hombres que forjaron la independencia y de nuestros grandes gobernantes democráticos que crearon la grandeza de Chile. El prestigio que tuvo Chile en el mundo, nación pequeña, pobre, ubicada en el último confín, pero distinguida por su unidad, por su pujanza, por su prosperidad en muchos aspectos —a pesar de ser una nación del mundo en desarrollo—, por su cultura, por la solidez de sus instituciones, por la práctica del derecho, de la libertad y de la democracia. Chile era una nación señera en el mundo y cuando un chileno traspasaba sus fronteras se sentía honrado por la admiración y el respeto que nuestra patria merecía.

La crisis causada por los ideologismos

A comienzos de los años 70 y, talvez, desde fines de los 60, se produjo en Chile una crisis cuyas consecuencias estamos sufriendo.

El ideologismo reinante entonces en el mundo entero; el mismo que llevó hace 20 años a los estudiantes de París a decir, en mayo

(*) PRESIDENTE DEL PDC.

del 68, "seamos realistas, pidamos lo imposible"; el mismo que llevaba a los jóvenes de nuestro Continente a seguir como sus líderes al Che Guevara o al padre Camilo Torres y llevaba a las juventudes norteamericanas a seguir al filósofo Marcuse, que quería destruirlo todo para partir de nuevo, ese ideologismo, aquí, en nuestra patria, exacerbó las intransigencias en proyectos excluyentes. Se perdió la tolerancia y la disposición al entendimiento. Consignas como "el que gane por un voto", "ni un paso atrás", "avanzar sin transar" fueron expresiones de esa exacerbación ideológica.

El amor a la libertad y el respeto al orden jurídico cedieron lugar a propósitos y actitudes beligerantes. En unos, al afán de hacer la revolución para construir una nueva sociedad: la libertad y la democracia aparecían como estorbos para hacer esa revolución. En otros, el afán de conservar el orden existente: la libertad y la democracia aparecían como estorbos para mantener sus privilegios. Recuerdo haberlo dicho, en nombre de nuestro Partido, el 11 de julio de 1973, en el Senado de la República, señalando la preocupación y angustia con que los demócratas cristianos veíamos la pérdida de fe de vastos sectores de chilenos en los caminos democráticos para enfrentar la crisis que vivía nuestra patria.

Fue ese ideologismo el que destruyó la unidad nacional y quebró la democracia chilena.

El escándalo de Chile dividido

Bajo el imperio de falsos valores, que no corresponden a la historia de Chile, ha surgido el escándalo de estos dos Chiles: el Chile de la "revolución silenciosa" y el Chile de la extrema pobreza. El de los supermercados con 15 mil variedades de productos y el de los 5 millones y medio de chilenos que apenas ganan lo indispensable para mal comer.

Aquí está la lógica de la guerra,

que divide; la dialéctica de un proceso económico que también divide, porque se funda en el egoísmo y olvida la justicia y la solidaridad.

Cuando se analiza esta realidad escandalosa, se advierte que lo que está en juego en el próximo plebiscito no es sólo quién gobernará a Chile en los próximos años; no es sólo si nos va a gobernar por ocho años más quién ya ha gobernado 15 años, en el gobierno más largo de la historia de Chile, quien ya no tiene nada nuevo que ofrecer, porque mal podría ofrecer algo nuevo quien no lo ha hecho en los 15 años en que ha detentado el poder absoluto. No se trata sólo de si vamos a seguir gobernados por quién quiere imponer a todos los chilenos su guerra personal y permanente, que lo lleva a tratar como enemigos, perseguir e insultar, como nunca ningún gobernante de nuestra patria lo había hecho, a todos los que disienten de su parecer.

Lo que está en juego

Lo que Chile debe decidir es mucho más. Se trata de saber si los chilenos vamos a seguir viviendo bajo el signo del miedo o vamos a volver a vivir bajo el signo de la libertad. Si nuestra convivencia va a seguir fundada en el egoísmo o se va a fundar nuevamente en la solidaridad. Si el derecho va a volver a ser instrumento de justicia o va a seguir siendo instrumento de opresión. Si seguirán imponiéndonos la lógica de la guerra o si retornaremos a reconstruir la paz en la convivencia entre todos los chilenos. Si seremos capaces de reencontrarnos como Nación, si prevalecerá el odio o prevalecerá el amor.

El Papa, en su visita a Chile, nos dijo que "el amor es más fuerte" y llamó a los chilenos al diálogo y a la reconciliación. Su voz no ha sido escuchada. La lógica que inspira al régimen sigue siendo la de la división. Hasta ahora jamás se ha abierto al diálogo.

¿Cuál es nuestro llamado?

Al llamar a votar que NO, quere-

mos que Chile vuelva a ser Chile. Queremos que vuelvan a regir en nuestra patria los valores que lo hicieron grande en el pasado, los valores que inspiraron a los padres de la patria, a O'Higgins, a Portales, a Balmaceda, a Alessandri Palma, a los grandes gobernantes del siglo pasado y de este siglo; los valores que inspiraron a todos los demócratas por hacer de nuestra patria una tierra buena para todos los chilenos.

No se trata de volver al pasado. No es cierto que la historia retroceda. No es cierto que el triunfo del NO significará volver a las colas, al desabastecimiento, o a los conflictos que existieron en Chile a comienzos de la década de los 70. Ese es un invento más. Es otra mentira con que nos quieren engañar.

Se trata, al revés, de que seamos capaces de reconciliarnos. De entender que podemos ser distintos, que podemos pensar distinto, que pertenecemos a distintas corrientes ideológicas, que tenemos distintas vocaciones y aptitudes, pero que todos somos chilenos y que, entre todos, somos capaces no sólo de convivir en paz, sino de construir una patria justa para todos.

Se trata de preferir el camino de la paz al camino de la guerra. Se trata de aprender a respetarnos recíprocamente a pesar de nuestras diferencias, y a buscar más lo que une que lo que desune, lo que suma que lo que divide.

La tarea es construir, no destruir

Asumimos todo lo bueno que en estos años haya podido hacerse. Es falso que los demócratas cristianos y los demás demócratas de Chile estamos, hoy día, por volver a una política económico-social del corte de la que existió en el mundo en los años 50 ó 60. El mundo ha cambiado. El socialismo europeo no es hoy día lo que era el socialismo hace 20 años. Las realidades económicas de nuestro tiempo abren camino a soluciones diferentes.

Algo bueno tiene que haberse he-



Gentileza FORTIN MAPOCHO

Al cumplir 31 años, la DC se apresta a votar No

cho en estos años. No lo desconocemos. Que haya disminuído la inflación, que haya un aumento considerable de las exportaciones y una diversificación de nuestra producción exportable, que haya ciertos equilibrios macroeconómicos, que haya equilibrio fiscal, son cosas buenas y positivas y nadie pretende desconocerlas ni menos destruirlas. Por el contrario, habrá que conservarlas y construir a partir de ellas.

Que la propiedad privada y la empresa privada tienen un papel que jugar muy importante en el desarrollo del país, en el impulso hacia el desarrollo es cosa que expresamente reconocemos los democráticos concertados por el NO. Pero junto a eso, afirmamos que los trabajadores

también tienen un papel muy importante y que para que los trabajadores cumplan bien ese papel es necesario restablecer criterios de justicia social en las relaciones entre trabajadores y empresarios.

Es necesario entender que el esfuerzo por crear riquezas y por sacar a nuestro país del subdesarrollo y modernizarlo, no puede ni debe fundarse en el afán de algunos de enriquecerse sin medida a costa de la explotación y la miseria de otros, sino sobre la base de compartir tanto los sacrificios como los frutos, única manera humana de comprometer a todos en la tarea y de construir una patria que nos pertenezca a todos.

Por esto al llamar a votar NO

en el plebiscito, invitamos a los chilenos a escoger el camino de la concertación en vez del camino de la confrontación que representa al régimen.

Los invitamos a restablecer las bases morales de la convivencia nacional, para que esto vuelva a fundarse en los valores de libertad, justicia, derecho, solidaridad que los forjadores de la República imprimieron al alma nacional.

Los invitamos a que, todos juntos, superando nuestras legítimas diferencias, nos empeñemos en la tarea grande y hermosa de que Chile recupere su alma, para que Chile vuelva a ser Chile.